

Una escritora de la Nueva Turquía:

Halidé Edib Hanum

HALIDÉ Edib Hanum, que acaba de llegar a los Estados Unidos y será la primera mujer que explique una cátedra en el Instituto de Ciencias Políticas de Williamstown, Mass., es una de las más interesantes personalidades femeninas de la historia de Turquía. A juzgar por su exterior no parecerá seguramente a la mayor parte de los norteamericanos lo que en realidad es. Menudita de cuerpo, ojos negros profundos, cabello negro sedoso y alisado, puede tranquilamente pasearse por Nueva York como una yanqui nativa. Su tipo moreno puede, cuando mucho, evocar reminiscencias fisonómicas del tipo español o italiano o de alguno de los países mediterráneos. Se necesita ser un perfecto conocedor de tipos y de razas para reconocer en lo redondeado de su cara, en sus labios carnosos, las señales de su raza turca.

Pero para el americano que conoce Turquía, sus lisos y negros cabellos que despiden reflejos cuando los hiere la luz del sol, sus cejas sombrías, sus ojos grandes y negros, su delicada contextura, el vigor de su personalidad, la extrema reserva y la chocante sencillez con que se viste, no es un misterio que se trata de una dama turca de elevada posición.

Han pasado ya tantos años y han sucedido tantas cosas desde que se arrancó el velo de su rostro y huyó de la tradicional reclusión en que viven encerradas las grandes damas de Turquía, que sólo el recordarle la existencia de los harenes fastuosos es casi una inconveniencia. Para ella parece que fuera la palabra «harén» un término fantástico de los cuentos de las

Mil y una Noches, que están demasiado lejos de la realidad actual. Y desde luego, como institución de odaliscas, narghilés y divanes turcos, los harenes hace mucho tiempo que desaparecieron.

A diferencia de las demás mujeres, la reclusión de la mujer turca ha traído como consecuencia, por lo mismo que era tan estricta y completa, la existencia de una clase social elevada entre las jóvenes de la nueva generación, clase mucho más culta que las jóvenes de igual generación en otras naciones, como los mismos Estados Unidos. Suprimida en el Occidente la vida física del atletismo, suprimida la relación con todos los hombres, a no ser los parientes más próximos, la joven turca ha ido concentrando sus energías y sus ansias de renovación en su propia vida interior y allá, en la soledad y tranquilidad del harén, se ha ido empapando en el estudio de las lenguas, la literatura, la música, en una proporción tal que aventaja considerablemente a la educación de cualquier joven americana. Por regla general las jóvenes turcas de hoy saben el persa, el árabe, el inglés, el francés y el alemán. Shakespeare, Nietzsche, Byron, Dante, Kant, Baudelaire, Zola, Sadi y Hafiz les son perfectamente conocidos. Y una de esas estudiosas de la Nueva Turquía y uno de sus más notables productos, es precisamente Halidé Edib.

• • •

Aun cuando es la primera vez que está en Norte America, puede decirse que no es una extraña en los Estados Unidos. Ya el colegio norteamericano de señoritas de Constantinopla la conoció cuando apenas contaba 8 años (hoy se hace difícil creer que esta mujer está cerca de los 40). Es la primera musulmana a quien el Colegio concedió su título de bachiller y hasta el día de hoy sigue siendo la más notable de sus ex alumnas. Debemos suponer que este colegio donde se educó Halidé Edib llevada allí por un padre de espíritu amplio y liberal, un alto funcionario de la Corte de Abdul Hamid, ha

contribuido no poco a la formación del temperamento y la vida de esta mujer extraordinaria. Desde luego ella tuvo que apreciar el enorme contraste entre la vida de colegio y la vida del harén, en la que se había educado en su infancia y a la que tuvo que volver como esposa una vez terminados sus estudios en 1901.

Uno de sus últimos actos la última noche que pasó en Constantinopla, antes de escaparse a Angora en 1920, fué escribir una carta a Mr. Charles R. Crane, Delegado de los Estados Unidos cuando su mandato en Turquía, diciéndole que escapara o no de ella con vida, la lucha en Anatolia sería larga y cruel, y pidiéndole que se llevara a sus dos hijos a los Estados Unidos, los educara y los protegiera. Más tarde, en el tiempo que sus hijos estudiaban en la Universidad de Illinois, su presencia en diversos puntos detrás de la línea de fuego en Anatolia, fué para muchos norteamericanos en Turquía una verdadera providencia.

Por ese tiempo comenzó a circular el rumor de que Halidé Edib sería designada primer Ministro de Angora ante el gobierno de los Estados Unidos, una vez reanudadas las relaciones diplomáticas; pero este rumor, aun cuando simpático, no pareció nunca completamente fundado. Por profunda que hubiera sido la revolución turca, se hacía difícil creer que la añeja mentalidad de Turquía se hubiera transformado por completo.

Uno de los hijos de Halidé Edib está todavía en los Estados Unidos en la Universidad de Columbia. El otro se halla actualmente en la Escuela de Ciencias Económicas de Londres, donde su madre ha vivido desde 1924, desterrada entre los mismos ingleses que en 1920, cuando huía de Constantinopla la recogieron ocultándola entre sacos de carbón en una carreta de bueyes guiada por irregulares de Anatolia.

Pocos días antes de salir para Nueva York, la vió un visitante en su piso de Hampstead en Londres. En lugar de los tradicionales versículos del Corán, bordados con hilo de oro sobre terciopelo verde, con letras entrelazadas en caracteres de árabe antiguo, se veían en las paredes cuadros y pinturas como los

que adornan las paredes de miles de casas londinenses. En lugar de servir a su visita café y pastelitos turcos, que es lo habitual entre los otomanos, le sirvió té y galletas.

Su figura era airosa con su traje sencillo negro y por único adorno una flor encarnada en el pecho. En la extrema quietud y reserva de sus modales era más que una mujer, era una mujer turca. El visitante había visto muchas mujeres de todas clases sociales en Turquía, pero confiesa que no había visto nunca una mujer que caracterizase tan admirablemente esa quietud, esa reserva y esa dignidad de la mujer turca que poseía Halidé Edib.

Esta reserva de Turquía es en realidad la que ha hecho de esa nación una de las más herméticas de Europa, y sin embargo de ninguna raza europea se ha dicho y se ha escrito tanto por los extraños a ella. Los turcos han tenido su Pierre Loti y su Marmaduke Picktalls, pero si su historia ha sido alguna vez relatada por alguno de ellos mismos en el Occidente después de Nasreddin Hoja, los detalles de esa historia son muy pocos.

Pero Halidé Edib es una turca que puede hablar y escribir y esto ha de ser en Estados Unidos una cosa muy nueva. Halidé Edib es una novelista cuyo nombre es conocido en todas partes donde se conoce el turco, es una escritora de gran fantasía, que está en condiciones insuperables para escribir la historia de su país; ha conocido Constantinopla, ha visto Anatolia y Angora, ha conocido a Djemal, Talaat y Enver Bajá, del antiguo régimen, y conoce a Mustafá Kemal Bajá del nuevo régimen.

En el instituto de Ciencias Políticas de Williamstown va Halidé Edib a dar comienzo a un curso de historia de Turquía, y ese curso, que durará desde agosto hasta el Año Nuevo, tendrá que explicarlo en conferencias que han de ser desde luego interesantes.

Pero no es precisamente el profesorado lo que más atrae y cautiva a Halidé Edib. «Sólo deseo que se me conozca como novelista» ha declarado en repetidas ocasiones. «Ese es mi trabajo favorito. No soy política ni pretendo serlo». Pero en los

Estados Unidos hay interés en saber sus opiniones y oír la parte que le ha cabido en los acontecimientos de Turquía durante las dos últimas décadas.

Su exterior reservado, casi tímido, oculta una cualidad de intrepidez, un valor inquebrantable que en estos últimos veinte años ha impreso en su delicada figura algo así como el símbolo de lo que constituye el nacionalismo turco.

No es fácil convencerse hoy que hace sólo veinte años la revolución de 1908 sugestionó al viejo Imperio turco con la mágica palabra «constitución». Un año antes Rusia por el norte y Gran Bretaña por el sur habían pactado a una la destrucción del imperio turco. En estas circunstancias, nada en el mundo podía salvarlo y efectivamente nada lo salvó. En los diez años siguientes se derrochó el esfuerzo de una pléyade de turcos patriotas en inútiles tentativas para fundar una nueva institución en la que quedara dormida para siempre la vieja estructura del derruido imperio. Aunque Halidé Edib nada supo de la revolución de 1908 hasta que los periódicos de Constantinopla aparecieron el 11 de julio con un manifiesto de Abdul Hamid, fué una de las que emplearon su tiempo en los diez años siguientes en darse de cabeza contra la muralla de piedra de las circunstancias.

• • •

La Turquía distinta del antiguo imperio sólo nació en la noche inolvidable del 16 de marzo de 1920, cuando los derrotados turcos fueron tratados a patadas una y otra y otra vez. Nació aquella noche en que los ingleses arrestaron a buen número de miembros del viejo Parlamento, muchos de ellos en pijamas, y los trasladaron en barcas hasta un acorazado que esperaba con sus calderas listas a la entrada del Bósforo para deportarlos a Malta. Halidé Edib y su esposo el Doctor Adnam escondidos hasta el momento en los carretones del ejército abandonaron la ciudad y despuntó la aurora en el oriente, salieron al punto de su escondite y disfrazados de «hojas»

huyeron a Galata y Escutari y desde un monasterio de derviches situado en la cumbre de una montaña en la frontera asiática, se escaparon en la noche refugiándose al lado de Mustafá Kemal Bajá en la cenagosa ciudad de Angora. Rodeado de enemigos por todas partes, por el norte, por el sur, por el este y por el oeste, el nuevo Parlamento se abrió en Angora el 23 de abril. Halidé Edib fué agregada al ejército para informar al gobierno de la devastación de las ciudades tras la frontera occidental y hay muchos que desde aquel día se dirigen a la escritora turca como a su «jefe». Lo demás es uno de esos milagros de la historia.

La vida pública de Halidé Edib es tan notable que basta para eclipsar los destellos de su vida interior y personal. Su vida y los cualidades de su espíritu imprimieron en ella un sello precoz de misticismo. En la reclusión del harén, después de su matrimonio con Salih Zeki Bey colaboró con su ilustre esposo en su enorme proyecto de Diccionario matemático turco y devoró la literatura no sólo turca sino occidental, hallando su más amplia satisfacción en la literatura francesa y en su maestro Zola. En la cima de la revolución de 1908 conquistó ruidosa fama con su poema épico-patriótico, que era una alocución de Otomán, el fundador del Imperio, al Cuarto Cuerpo de Ejército que llevó a cabo la revolución.

La imprenta se convirtió entonces en el medio de mantener en ebullición la vida intelectual, que había sido apagada por la revolución, y Halidé Edib fué una de las intrépidas mujeres que supieron aprovecharse de la nueva libertad intelectual. Sin embargo, por aquel entonces no se habría atrevido a dejarse reportear por el editor de «Tanin», el nuevo periódico en que sus novelas escritas durante su reclusión en el harén, habían sido sucesivamente publicadas.

En 1910 su esposo se casó con una segunda mujer. Al encontrarse delante de esta situación de poligamia en su propio hogar, pensó en el divorcio y comenzó a ganarse su propia vida y la de dos pequeños hijos que tenía.

Su primera novela, *Templos en ruina*, se publicó en 1910. La

segunda, *Handan*, se publicó en 1911 y se hizo extraordinariamente popular. La tercera, *El Nuevo Turán*, novela semi-política, la escribió durante su segunda visita a Londres en 1912 y tuvo un éxito resonante; fué un evangelio político que inflamó en ardor a toda Turquía y mereció los honores de la traducción en varias lenguas. En Constantinopla hubo muchos almacenes y tiendas que tomaron su nombre de nombres y personajes de esta novela, prueba inequívoca de su popularidad. La instrucción que recibió en un colegio norteamericano, el interés que tomó siempre en todos los aspectos de la vida intelectual que surgió después de la revolución, le permitieron asociarse con todos los caudillos revolucionarios en situación de paridad. Sus salones fueron el centro de literatos, políticos, profesores y feministas. El Club de Señoras que se estableció a poco en la ciudad, le debió en gran parte su inspiración y su apoyo. Su interés educacional como medio de difundir y arraigar la reforma, la llevó de lleno a la enseñanza y ejerció su misión en ella antes de la guerra y luego nuevamente en 1916 cuando Djemal Bajá le rogó que organizase la instrucción en Siria y se encargara de las escuelas que habían dejado los franceses. Las mujeres se desprendieron de sus joyas para la defensa nacional y Halidé Edib pronunció un discurso en una enorme asamblea popular ante no menos de cien mil oyentes, que la escucharon con fervor religioso en el hipódromo, en 1919, circunstancia que dió lugar al veto británico para que en lo sucesivo no se celebrasen reuniones y asambleas en la antigua capital del imperio.

En 1917 se había casado con el doctor Adnam Bey, de la Cruz Roja otomana y médico del ejército, que fué más tarde presidente de la Asamblea Nacional en Angora. Los nuevos esposos permanecieron en Anatolia hasta después de los sucesos de Esmirna en 1924, cuando Mustafá Kemal Bajá pareció asumir una dictadura permanente en el país y los restos de la oposición del Parlamento se concluyeron.

Hablando el otro día a un periodista sobre Turquía, de la que Halidé Edib y su esposo están desterrados, decía la escri-

tora turca que en su concepto es de esperar que sigan subsistiendo en Angora las formas del régimen parlamentario.

Turquía—dijo—tiene una larga y dolorosa experiencia de lo que es el Gobierno personalista. Los grandes Sultanes constituyen indudablemente una de nuestras mejores glorias, pero en los últimos tiempos el Gobierno personalista fué cosa fatal entre nosotros. Todos los que tomamos parte en la revolución nacionalista lo hicimos con absoluta conciencia y completo desinterés. Teniendo ante la vista la historia de nuestro país, nada podíamos hacer, nada éramos nosotros por nosotros. La causa lo era todo. La tierra de Turquía era nuestra sagrada patria. Angora era nuestra Meca. Fué nuestra fe nacionalista la que nos salvó, y los que hemos abandonado el patrio suelo en nada hemos cambiado de nuestro modo de pensar y nuestro amor a la patria.

(Del *New York Times Supplement*.)

CLAIR PRICE.